

¿Quién es Ortega y Gasset?

Ignacio Ellacuría, S. J.

Cada una de las páginas aquí reunidas resumió mi existencia entera a la hora en que fué escrita y, yuxtapuestas, representan la melodía de mi destino personal. O. C. VI, 347.

Queda ya dicho que un estudio sobre Ortega, debe ser desde dentro. ⁽¹⁾ Esto exige, primeramente que se intente ir a la vida de Ortega para entender su obra: después, que se vaya a ella con interioridad, viéndola como algo vivo e intransferible que se hace a sí misma **desde dentro**. Con lo cual se indica la radical pregunta que se debe hacer ante este hombre: **Quién es, por dentro, Ortega?**; y se señala un método para resolverla: adentrarse en sus escritos, para, desde ellos, interpretar su vida.

Aunque difícil, es ello factible en el caso de Ortega. El texto que encabeza este artículo, pone muy en claro por qué. Y, en realidad, al conocedor de la obra orteguiana que acude al **Índice de Materias**, con que finaliza el tomo sexto de las obras completas, le extraña no encontrar en él, un tema que le ha venido asaltando tras cada esquina. Ese asunto, verdadero "tema", es: Ortega. Con mayor precisión: Ortega como centro y como yo. No sólo por los inúmeros datos biográficos, a veces muy íntimos, sino por la presencia recalcada bajo todas las líneas de un yo que que nos cuenta como al oído **sus** ideas y **sus** dolores, ocasiones y gestaciones de la propia elucubración.

Mas esta interpretación de la vida de Ortega desde su obra puede hacerse de diversas formas. La que aquí voy a procurar es la de dar una interpretación sintética a través de aquellos rasgos que, me parece, descubren mejor el hondón de su personalidad.

Quedan de él muchos papeles inéditos que serán, como suyos, carne de su carne, vida de su vida. Sin ellos, siempre queda uno expuesto a complementos y rectificaciones. No obstante, juzgo indudable que la trayectoria fundamental está ya ahí en su obra. La continuidad espiritual que aparece en lo hasta aquí publicado, lo demuestra y asegura.

(1) Cfr. ECA. Junio, 1956

1.—El binomio vida-cultura.

En el vivir y en el pensar de Ortega hay, una preocupación radical: la de la vida y de la cultura junto con los problemas que su necesaria unión plantean. Entre los dos, el elemento primero y fundamental es: la vida. Porque si hay algo marcadamente característico y permanente en Ortega es su afán de plenitud vital, en la que veía como la sangre vivificante de toda cultura y el impulso de todo movimiento poderoso y fecundo. Sentía bullir en su interior un manojo de vigorosos dinamismos que levantaban en vilo su existencia entera: ímpetu para obrar, energía para soportar, violencia de apetitos, sentimiento exaltado, vitalidad ascendente. Una existencia que necesitaba vivirlo todo y vivirlo con plenitud.

Con un matiz muy peculiar: nada de perfecciones quietas, sino braceo anhelante, afanoso de ampliarse y trascenderse. Las perfecciones prematuras pero anquilosadas, al modo de Anatole France, sin progreso posible le repelían. Todo su vivir fué, consecuentemente, perenne navegación tras el instante huido, prefiriendo lo perfectible a lo inmutable, la trémula mudanza del tiempo al reposo y el silencio de la eternidad. La sobreestima de las cosas llamadas eternas le parecía que, desde Platón hasta acá, ha sido triunfo de la dialéctica, de la razón sobre la suya vital e histórica. Enbriagarse de la vida, pero de la que hoy corre y suena, sin holocaustos a cánones fijos que imposibilitasen el brinco momentáneo y tornadizo. Prefería el camino a la posada para, al paso alerta de la marcha, vivir y sentirse vivir, poniendo en ejercicio todo el dinamismo que surgía burbujeante del interior: **Tener las cosas no nos importa: nos importa aspirar a ellas o echarlas de menos cuando ya se han ido.** III, 13.

Hasta la pleamar vital. Nietzsche... logra seducirnos cuando nos invita a una danza en honor de la vida y de cada instante de la vida. II, 87. Yo he dicho que para mí la vida no tiene sentido sino es como una aspiración de no renunciar a nada. II, 154. La fundamental obligación ética que ve inscrita en la esencia de la vida, es, la de que ésta se acreciente sin sometimiento alguno a norma distinta de esa misma vida. Toda otra norma, venga de donde viniere, debe presentarse ante el tribunal de la vida: si favorece el desarrollo de ella será aceptada; si, al contrario, pone trabas al impulso vital, será rechazada como inauténtica y perniciosa. La norma de las normas consiste en una profunda y religiosa docilidad a la vida.

No pretende, con esto, un retorno al salvajismo primigenio, a pesar de que para el desarrollo pletórico de un pueblo se requiera, en los principios al menos, una poderosa inyección de energía salvaje no contaminada. Ni tampoco se propone una vida de exclusivo sentido biológico, aunque de la calidad de la base biológica, dependerá la vida en el sentido propugnado por él, que es biográfico y humano. Se trata de la vida en el sentido que tiene en expresiones como éstas: "me siento vivir", y que impulsa a una constante superación. Superación, sobre todo, cultural.

Yo pido que se atienda y fomenta la vida espontánea, primitiva del espíritu precisamente a fin de asegurar y enriquecer la cultura y la civilización. II, 275. Porque, según decía, la vida inculta es barbarie, la cultura desvitalizada es bizantinismo. III, 169.

Por eso, al correr de los años maduros, se le van destiñendo los colores cargados en demasía de biologismo con que se cubrieron sus primeras an-

sias de vida, acentuándose el carácter humanista y cultural de las mismas. El vitalismo biológico se transforma en vitalismo humanista.

Cultura, eso sí, desde la vida y para la vida. Por eso repudió para sí todo carácter de especialismo estrecho, de sabio que prisionero de la teoría muerta no sabe nada de la vida. Antes que ser profesional o investigador, quiso ser hombre. Ortega, profesión: hombre. Porque si son necesarios los especialistas que investiguen un campo estrechamente acotado, lo son mucho más, ante todo para dirigir este mundo en crisis, los hombres poderosamente vitales con un sistema cultural, completo y vivo desde el que puedan enfrentarse, con verdad, al mundo de hoy. Por eso, **la cultura va regida por la vida como tal**. IV, 343. No es algo ocioso, sino **un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana**. IV, 344. En las inquietudes y los sinsabores que la vida con sus oscuridades, suspensiones y temblores plantea, trata la cultura de poner seguridad y luz con un sistema vital de ideas que traiga y lleve un mensaje penetrante y cálido del mundo al yo y del yo al mundo.

En su vida personal juntó de manera extraordinaria la vida y la cultura. Fué algo que partía de sus mismas entrañas, algo que necesitaba urgentemente, algo de lo que hizo misión propia, tema de nuestro tiempo. Pocas vidas tan cultas como la de él y pocas culturas tan vitales como la suya. Esto y la gran fuerza y tensión con que mantenía los dos extremos de vida y cultura, creo ser la razón fundamental del notorio arrastre que ejerció su persona.

2.—Pretensión de actualidad. Circunstancialidad.

La necesidad de vivir concreta y existencial, le forzaba a una cultura del momento presente. A su vez, la cultura vital le exigía estar al tanto del existir actual. De aquí que Ortega nos haya podido hablar de **la insistencia con que me he ocupado en fillar los rasgos de nuestro tiempo**. II, 722. Pretendió ser actual y renovador. No que despreciase el pasado, pero dentro de su fundamental concepción histórica, pasado y futuro debían converger para dar plenitud tridimensional al presente.

Le preocupa no abandonar el pulso del momento y, por ello, se pliega a todos los vaivenes y novedades temeroso de perder actualidad, dejando así de ser adelantado mayor de los movimientos culturales, director de una juventud abocada al futuro, ansiosa de apreciaciones inéditas y sugestivas.

Quería, además, ser actual en todas las dimensiones de la actualidad, en todos los temas de su tiempo. Dicen que podía hablar dignamente con los especialistas hasta de los últimos hallazgos, que era capaz de apuntar nuevas rutas aun a los entendidos. Lo que sí es cierto es que este mirar tras todas las ventanas, si le prestó una muy completa manera de humanismo convirtiéndolo en uno de los hombres de más altura de nuestro tiempo en cuanto conjunto armónico de saberes y, sobre todo, en cuanto fuerza vital y unitaria de asimilarlos, fué, no obstante, lamentable para sus posibilidades de profundización sistemática.

En ello junto a implícitos motivos bastardos de vanidad se unen causas nobles: orientación unitaria de humanista y vitalista, necesidad de abarcar los conjuntos, de exaltar su tono vital con todas las luces y todas las fuer-

zas, de incitar a la superación del nivel cultural y vital de su patria y aun del mundo. Porque si Ortega vivió para salvarse y exaltarse a sí mismo, vivió también para salvar y exaltar a España, su más próxima circunstancia y al mundo de su tiempo al que se debía.

Tal **actualidad** toma en Ortega la forma de **circunstancialidad** que es forma de su vida antes que de su pensamiento: **Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial**. VI, 347. Estaba a lo que le pedía la circunstancia, y aun las circunstancias, aunque no de cualquier manera superficial pues, la repugnaba ser **hombre sin paso de humanidad**. VI, 350. No obstante, nos confesó, defendiéndose, que **dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico**. VI, 353. Todo por lograr una acción inmediata sobre el gran público.

Circunstancialidad por otro capítulo también. No escribía sino de los temas que el momento reclamaba y en la extensión exacta con que lograban mantener su fuego vital dentro y fuera de sí. Más que acomodar la vida al pensamiento, tratando de vivir lo que pensaba, acomodaba el pensamiento a la vida, tratando de pensar lo que vivía. Pero al ser la vida tan "corriente" no se remansa lo bastante para que el intelecto alcance todavía en pleno fervor vital toda la hondura que las realidades exigen. Poco a poco se entreveran nuevas circunstancias, —era además hombre público con medio ser, al menos, cara al exterior,— que desfiguran las anteriores.

Ahí está la razón del carácter de inacabada que tiene la obra de Ortega y aun casi todas sus partes. Lo que gana así en vitalismo lo pierde en superficialidad e incontinuidad, quedando necesariamente mancos sus intentos filosóficos. Porque si, como en el caso de Ortega, no se **viven** las realidades fundamentales que explican toda otra realidad derivada y contingente ni los principios metafísicos que llevan de ésta a aquellas: si, por otra parte, no se investiga sino lo que se vive y mientras se vive, no tendrá el pensamiento aquel carácter de ultimidad y sistematización definitiva que exige la filosofía. En Ortega, de hecho, faltan esos temas últimos y en el modo de desarrollar los elegidos por él, se echan de menos, ordinariamente la seriedad, plenitud y profundidad que de sus capacidades filosóficas se podían esperar. De ahí el desequilibrio entre lo que intuía y lo que realizaba; de ahí el repetido anuncio de obras que se podrían hacer; de ahí el perpetuo inacabamiento de sus escritos. Un ejemplo entre mil: **Mas este ensayo debe quedar aquí intacto para que lo meditemos en otro ensayo de ensayo**. III, 128. Cree uno ver en Renán, el primer maestro verdadero de Ortega, el origen de este merodear voluptuosamente entre apariencias bellas zigzagueando entre temas diversísimos y afirmaciones ondulantes.

Todo ello agravado por la especial **circunstancialidad** que sobrevino a su vida por las demasiadas ocupaciones prácticas y aun por las incursiones en la política activa.

3.—Intelectual y Filósofo.

Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. VI, 351. Todo lo que hasta aquí queda apuntado, lo vivió Ortega, con una modalidad especial la de ser **espectador de las cosas humanas, minero de humanidades a través de la historia, intelectual y filósofo**. No se contentaba con ser leído deleitosamente sino que pretendía hacer pensar. Por eso

repudió siempre que se resbalase por la brillantez del estilo sin que se ahondase en el meollo oculto tras las apariencias bellas, el esqueleto cubierto y oculto por la carne y la piel del decir público.

Lo llevaba como ingénita disposición del espíritu a la que forzosamente tenía que plegarse. **Se es intelectual para sí mismo, a pesar de sí mismo, irremediablemente.** V, 504. **Intelectual con desesperada autenticidad.** V, 506. Porque si a veces jugaba con los problemas ideológicos por mostrar la agilidad y la perspicacia mentales de que gozaba, ordinariamente el propósito que le animaba era el de desentrañar e iluminar la vida y el mundo para vivirlos más auténticamente y plenamente.

Por eso trató de evitar el pecado que ha desvinculado al mundo presente del intelectual: el haberse dedicado a una cultura de ideas, es decir, a ideas de ideas, el haber trabajado por una cultura erudita e ineficaz para la vida y no por una cultura humana que potenciase la vida. El, al contrario, será intelectual de la vida y para ella, con afán de proselitismo para hacer de el Otro, el ser alterado sin interioridad, un nuevo ser adentrado en sí, **ensimismado**, que goza de aquella plenitud que el mundo no abre sino al intelectual que, por serlo, contempla transfiguradas todas las cosas.

Porque el intelectual **va de sorpresa en sorpresa...** lleva la pupila dilatada de **asombro**. **Camina alucionado. Es borracho de nacimiento.** V, 508. Porque además **vivir en el mundo sin hacerse cuestión de él parecería al Intelectual parasitismo.** V, 511.

Mas como en su estimación no se daba sino un pensamiento auténtico, el filosófico, pretendió decididamente ser filósofo. En ello veía la forma más perfecta de vida: **la filosofía que es la vida auténtica, la vida poseyéndose a sí misma.** V, 275. Ortega llevaba a todas las cuestiones, aun a las más superficiales un espíritu y una formación de filósofo y ello le permitía avistar desde cualquier claraboya ináudita la gestación psicológica esencial de la vida como existencia humana. Llevaba también un afán de meditación personal no improvisada. Porque él sí tenía para su uso personal una visión sistemática y filosófica del mundo, una apreciación última conforme a la cual manipulaba todos los temas y que es posible rastrear o deducir en su obra. Y es en ese sentido, más que en el de una producción explícita y acabadamente filosófica, en el que yo hablo al caracterizarle como filósofo. Si aquella **circunstancialidad** antes notada no se lo hubiera dificultado, tendríamos hoy una obra filosófica orteguiana sin discusión. Eso sí de carácter absolutamente vital y circunscrita a lo humano.

4.—Narcisismo, autosuficiencia, egocentrismo.

Cuando no es... religiosa, la existencia altanera exige que nos tengamos presentes a nosotros mismos. Y poco después: **No me atemorizaría afirmar que el narcisismo es una dimensión de toda alma sublime.** II, 653. Carlos París deja caer dos veces la palabra **narcisismo** en el artículo que le dedica en "Arbor". Y, en realidad, la especial condición de su estilo, acicalado, detallista, extremado en el escorzo, lo significan suficientemente.

Ortega es, fundamentalmente, un hombre contento de sí mismo aunque con el suficiente descontento que le sirviese de espuela para la propia superación. Tan contento de sí que era amigo de exhibirse; **siente**, dice del

hombre en general, **que si lo que él no es a la vista de los demás, valdría tanto como si no lo fuera.** II, 683. Su pensar, en efecto, fué siempre cara al público con cierto dejo más o menos explícito de elegancia relamida que le coloca a mil leguas del bronco y masculino Unamuno.

Presencia de un yo que necesita imponerse, abrirse camino y ser reconocido: **Más irritante que no ser notado... es ser confundido... Desde que tengo uso de razón asisto al indefectible fracaso de nuestros hombres mejores rendidos por tener que emplear sus facultades arcangélicas contra boxeadores cotidianos.** II, 129.

Es un aristócrata y un selecto no por derechos heredados ni privilegios clasistas, sino por propio merecimiento. **La existencia no tiene para él sentido si no es ascensión de lo menos a lo más perfecto.** Porque **hay quien no se siente vivir si no es a máxima tensión de sus capacidades.** IV, 488. Todo plebeyismo e igualitarismo le irrita porque no conduce sino a la vulgaridad y a la baja tensión vital, a la pérdida de tono. Apóstol de minorías selectas sin perder, por ello, ojo al gran público, se colocó sin titubeos al frente de ellas. Esa convicción de selecto y jefe de selectos era algo muy acentuado y como connatural en Ortega. Se puede hablar aquí de un señorío natural reconocido por quienes se le aproximan. Ya desde su juventud se comportó frente a los demás como independiente o como superior.

Perdida muy temprano la fe en lo sobrenatural y en los poderes providentes que rigen el mundo, todo su ejercicio de pensador fué un empeño de descubrir el modo de salvar al hombre con elementos puramente terrenales. En ellos ahondó sin cesar. Temperamento exigente, **rigoroso**, no podía contentarse con cualesquiera soluciones teóricas. Temperamento sediento de vida en plenitud se lanzó a buscarla tras todos los horizontes. Pero tenían que ser horizontes finitos. Y ahí está la paradoja y el dolor de Ortega: buscar, buscar, empeñado en no hallar porque no estaba para someterse a ninguno, para mendigar fuerzas fuera de sí cuando podía contar con las propias.

Reconoció, un día en su juventud, que le era doloroso carecer de sentido religioso cuya ausencia priva de parcelas fundamentales de la realidad. I, 425-433. Sin embargo, a lo que se ve, el tránsito a la absoluta y perpetua mundanidad lo dió sin demasiado quebrantó, persuadido de la propia suficiencia. De Goethe había aprendido **el gran gesto estelar que nos hacía la decisiva incitación: ¡Libérate de lo demás hacia tí mismo!** IV, 419.

Ni vale decir que veía su vida y la de los demás como algo constitutivamente indigente, en riesgo de perderse, con la necesidad de irse haciendo y la angustia de quien a cada rato pierde el punto de apoyo. Fuera de que esta literatura de naufragio no procede del centro vital orteguiano sino de periferias formadas al contacto de Heidegger, tiene toda ella soluciones de exclusivo carácter antropocentrista, voísta en Ortega. Vale notar, como contraprueba de ello, que los descontentos y las quejas no infrecuentes en su obra, se dirigen contra la insuficiencia y la mezquindad del contorno y no contra la propia deficiencia. Ortega no tiene nada de qué reprocharse. Si algo falla ahí, él no se estimará culpable ni, siquiera, deficiente.

Este colocarse en el centro como pauta última sin subordinación a nadie, este sentirse suficiente y autónomo, esta persuasión de la propia fuerza vital y agilidad intelectual que segura de sus luces coloca a todos los demás

como discípulos y seguidores, le hacen hablar al ponderado y respetuoso articulista de "Arbor", de **una suficiencia magisterial desmesurada** y se lleva a prevenir que **uno de los máximos peligros del magisterio orteguiano** puede ser el convertirse en **escuela de pedantes**. (C. París, Arbor, Marzo, 1956, p. 332).

Para completar el panorama íntimo de esa vida, aun sin entrar en el estudio de su producción múltiple y sugestiva, se debieran investigar todavía dos temas capitales: su problema religioso y su estilo de pensar, para poder apreciar en el primero una consecuencia y en el segundo una puesta en marcha de esa su fundamental forma de ser que aquí ha quedado excesivamente esquematizada y, por tanto, simplificada.

Punto más, punto menos, su figura tiene las mismas directrices fundamentales que las de otros mentores de la humanidad de hoy, aunque difiera en muchos detalles, aun de importancia, propias de su peculiar individualidad. Por eso, su estudio pone en alguna mayor luz las suficiencias y deficiencias de los representantes y configuradores del mundo moderno en lo que tiene de tal.

